



MARIANO YELA Y EL DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA EXPERIMENTAL DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

JESUSA PERTEJO

Fui alumna del Prof. Yela, por primera vez, cuando asistí a un curso de Estadística y Psicología que impartía en el Departamento de Psicología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas recientemente creado y coorganizado por él y D. José Germain quien me había prestado valioso asesoramiento, cuando yo realizaba mi tesis doctoral.

Posteriormente seguí siempre sintiéndome alumna suya en mis encuentros con él, ya fuese en conferencias, reuniones, congresos, como miembro de la Junta directiva de la S.E.P que él presidía, cuando a propuesta suya, impartí, durante un curso académico, en la Universidad Complutense la asignatura de Psicodiagnóstico y en otros encuentros.

Y es que, a mi entender, Yela siempre ha ejercido docencia en todos los que estábamos por debajo de su acervo cultural y de su formación profesional anclada en las profundas raíces de la filosofía, del dominio de la ciencia matemática, del conocimiento de la metodología, de la Psicología...por citar solo algunas de las materias científica más afines a nuestro trabajo profesional.

Aquel curso tuvo dos notas salientes para mí. Una, que me resultó muy difícil la materia que explicaba, por lo que no debí de pasar de la segunda o tercera clase, a pesar de los esfuerzos de Francisco Secadas, que también hacía el curso, para ayudarme en el galimatías matemático que me armé. Llegó un momento en que me bloqueé y no pude seguirle. Sí había captado algunos mensajes básicos que incorporé a mi trabajo y que fueron fundamentales, para mi ejercicio profesional, tales como que "en el conocimiento del objeto de la Psicología intervienen multitud de factores procedentes del medio ambiente y sociológicos con los que hay que contar" o las que con gran acierto sintetizó el Prof. Sigüán recientemente (*Papeles del Psicólogo*, 1994) "Para Yela, una vez descubierta la verdad, se deben hacer aplicaciones con las que se consiga hacer mas felices a los otros, considerando que este es uno de los objetivos de la ciencia y por ende de la psicología"; concepciones que germinaron en mí dando un sentido a mi trabajo, quizás con demasiados tintes redentoristas, y dándome fuerzas para vencer cuantas dificultades se nos ofrecían a quienes, en aquel entonces, queríamos formarnos y ejercer la Psicología.

Pasado algún tiempo interpreté aquel bloqueo a aprender y poder seguirle, como una resistencia mía que me servía de defensa para no tomar conciencia del escaso rigor metodológico y científico que sustentaban mi información en las materias de Psicología y Psiquiatría que había estudiado muy autodidactamente y en las que ahora ejercía mi profesión. Probablemente con ello quise evitar el choque emocional y las raíces culpabilizantes que ahondarían en mí ante este conocimiento. Debí temer el derrumbe de mis conocimientos frágilmente

adquiridos, cual castillo de naipes, pese a mi peregrinaje, hecho con los mejores Maestros de aquel entonces y que tanto esfuerzo me había costado. Probablemente hasta temí que si de pronto quería tener ese "rigor" corría el riesgo de dejar la profesión. O pensé que no podía dejar que se me hiciese añicos el simplista modelo lineal, médico-pasteuriano, de "etiología-diagnóstico -- tratamiento" en que me apoyaba, de forma facilona, rutinaria y cómoda, para hacer los informes psicológicos y tratamientos psiquiátricos. Esto acontecía a finales de la década de los cuarenta.

Pero Yela y el Departamento de Psicología eran mucho más que aquel curso en que me bloqueé y no pude seguir -aunque incorporé consejos muy valiosos. De no ser así, es probable que todo habría pasado sin pena ni gloria para mí y del contenido del curso solo quedasen unas notas tomadas que pronto se olvidarían. Habría quedado, eso sí, el nubarrón negro que se cernía sobre mí conciencia profesional, de la advertencia a "trabajar con rigor científico, matemático y metodológico".

Cuando digo que Yela era mucho más que un "Profesor que da un curso" me refiero a muchos aspectos de su personalidad inherentes a la enseñanza que impartía. Cito algunos: su curiosidad, sana y constructiva; su sensibilidad para captar nuestras necesidades; su generosidad para aceptarnos cómo éramos y lo que hacíamos del consejo recibido, y por último, su capacidad de ayuda y certero asesoramiento. Por encima de todo estaba su carisma. Sentíamos que todo lo que sometía a conocimiento se volvía lúcido, transparente. Cuando iba a dar un consejo, intuíamos en él un filón de posibilidades seleccionando la mejor; su creatividad nos desbordaba, no podíamos seguirle a veces; su percepción de lo psíquico no podía ir más lejos, hasta el extremo de que llegaba a descubrir aspectos en nosotros, que desconocíamos, tanto de nuestras posibilidades de trabajo, como de nuestra realidad y hasta conseguía que nos reconciliásemos con ella. Yo siempre intuía que él sí que debía tener bien conocida y asumida la suya, por lo que secretamente imaginaba que "había nacido psicoanalizado". Andando el tiempo, cuando tuve más confianza con él, se lo solía decir pero nunca supe cómo lo tomaba. Para mí era el mejor elogio que se le podía hacer.

En torno al curso, diré que se dio la circunstancia de que al acabar la clase, solíamos salir un grupo de seis o siete alumnos que llevábamos la misma dirección que Yela. Cogimos la costumbre de que andando andando, apiñados, enfilábamos la calle de Serrano en recto, hasta la Puerta de Alcalá; a veces allí se deshacía el grupo o seguíamos en dirección Cibeles por la calle de Alcalá hasta ir a parar a la Puerta del Sol. El trayecto se hacía corto, por el gracejo y casticismo de Yela, su buen "saber hacer", y el que aprovechase el recorrido para informarse y tejer el encaje de nuestras preguntas con sus respuestas y viceversa. Llegó así a obtener información de todos nosotros, aprovechando para asesorarnos. Cuando me tocó el turno de decirle quién era y lo que hacía profesionalmente, debió reparar en que le dije que llevaba el Servicio de Psicología Clínica, junto al de Psiquiatría infantil en la Cátedra de Psiquiatría del Profesor Vallejo Nájera en la Facultad de Medicina. Me alentó en mi trabajo y pocos días después propuso al Dr. Germain que pasase a ser Colaboradora del Departamento de Psicología en que ya trabajaban Siguán, Yela, Pinillos, el Padre Úbeda, el Dr. Morales, y posteriormente lo haría también el Dr. Secadas.

Se me dio la Sección de Psicología Clínica. Todos opinaban en torno a su estructura y funcionamiento. Yela estuvo genial, sugiriendo lo que podría decirse una inversión de "roles". En vez de pasar tests a los pacientes, trataríamos de traer pacientes bien diagnosticados y comprobar si los resultados que dan a los tests clínicos coinciden con lo que indicarían los creadores de esos tests. Íbamos a testar, en cierta forma, al test. Salía aquí el "rigor científico yeliano", que me decía yo en mi fuero interno. El Dr. Germain estaba de acuerdo y gracias a su prestigio en la Medicina española, pronto obtuvimos enfermos diagnosticados por los más preclaros clínicos de Madrid: Los Profesores Casas, Jiménez Díaz y Marañón. Sobre los

resultados que diesen a los tests íbamos a poner la lupa, la medición, el porqué de la respuesta, si coincidía con la interpretación del autor del test... Seleccionamos inicialmente algunos: El Miokinético, así como el Rorschach, T.A.T y otros. Al Miokinético es al primero que le tocó el turno, para hacer preguntas al autor (Mira y López) sobre desacuerdos encontrados. Yela, Siguán, Pinillos, Germain, todos participábamos en el análisis de los resultados, en la confrontación con los del autor.

Dado que el Test de Wechsler también detecta aspectos clínicos, así como el MMPI, Yela encontró llegado el momento de la necesidad de adaptarlos a los sujetos españoles. Fue una Subsección que él llevaba pero en la que participábamos todos por igual. Inicialmente cada ítem era analizado concienzudamente, buscada su traducción más exacta (aquí yo destacaba algo) y posteriormente se pasaban a muestras ya seleccionadas. Luego venía el analizar la valoración, la cuantificación de la respuesta, el porqué de ella, los factores que podían haber incidido... En estas actividades "el rigor" había dejado de ser el nubarrón negro que yo tenía pendiente. Ahora tenía el privilegio de llegar a él, de la mano de Yela y los no menos capacitados Pinillos, Siguán y Germain.

¡Qué cantidad de sugerencias, qué cantidad de conocimientos afloraban! Hasta a veces íbamos nosotros mismos a pasar las pruebas, para conocer bien la incidencia de factores que podían concurrir en los resultados. Así recuerdo yo el Departamento, que a veces se me antoja comparar con la "Residencia de Estudiantes", situada próxima a él. Trabajando apiñadamente con un único objetivo. Buscando el todavía más difícil de tener que situar las respuestas dadas al Wechsler en el dintel de lo normal o lo patológico o ponerlas en un listado cuantificador. Aunar discrepancias de criterios con el autor, entre nosotros mismos, buscando siempre el "porqué". Un buen entrenamiento para lanzarse a organizar la Psicología en la Universidad española. Y esta era sólo una de las muchas actividades. Pinillos estaba enfrascado en el test de Pfister...

Las múltiples actividades del Departamento hicieron cambiar la fisonomía del silencioso y tranquilo "Instituto de Filosofía Luis Vives" en que estábamos ubicados. Nuestra buena Biblioteca atraía a muchos lectores. A los probandos que venían a la Sección de Parapsicología y con el Dr. Morales (cartografía cerebral) se sumaban los que venían a la Sección de Logopedia de Rosalía Prado y los míos de psicoterapia infantil y Psicología Clínica. Los primeros en venir fueron tres hermanos hermafroditas que nos envió el Dr. Marañón. Los resultados al test de Rorschach eran muy dispares de unos a otros, ¿qué es lo que capta el test de Rorschach? ¿Por qué uno da casi 200 respuestas de pequeño detalle describiendo prácticamente los contornos de la mancha, mientras que otro sólo da una global por lámina estructurada a partir de un detalle central inferior, por lo tanto una DG? ¿Por qué el tercer hermano, da un Rorschach vulgar y corriente, sin anomalías? ¿Aplicamos las pruebas a los padres a ver con qué ansiedad viven el problema? Apreciamos que estos casos habían revuelto más que ninguno el clima de las Secretarías y personal subalterno, en contraste con lo bien que parecían tenerlo asumido los protagonistas. ¿Por qué los resultados no son tan discrepantes en otros tests proyectivos?. Siguán que interpretaba el T.A.T ponía su lupa para ver qué pasaba allí...

Un buen día me llegó la concesión de una beca del Consejo que tenía solicitada, asesorada por el Dr. Germain, para estudiar con el mejor psicólogo clínico de Europa, en Suiza, quien nunca me dirigió la palabra cuando me encontraba por los pasillos, o coincidía en la Biblioteca y si le pedí alguna vez información lo hizo dando instrucciones a la secretaria por teléfono. Tuve otros: Piaget, Inhelder, Loosli Usteri, Minkowski, Canibet... Salvo Ajuriaguerra nunca tropecé a otro que fuera tan humano, y me enseñara tanto y con tal calidad científica como el Profesor Yela. Por eso desde aquí ¡gracias, Profesor Yela!